

Dionisio Byler — Capilla: SEUT, 3/11/2010

Hageo 1,15b-2,9

Salmo 145,1-5.17-21

2 Tesalonicenses 2,1-5.13-17

Lucas 9,1-10

Meditación sobre los tiempos de Dios

Estos cuatro pasajes me hablan todos de lo difícil —por no decir imposible— que es acertar en cualquiera predicción acerca de lo que el Dios de Israel vaya a hacer en el futuro. Pero sin embargo podemos alabarle por lo que ha hecho en el pasado y porque su amor nos acompaña en el presente.

I. Lo que quisiera destacar de los versículos leídos esta mañana del Salmo 145, es la idea de que las alabanzas del Señor se transmiten de generación a generación. Que eternamente y para siempre será bendecido el nombre del Señor. Vivimos con mucha inseguridad en el presente y afrontamos el futuro absolutamente a ciegas. No sabemos lo que mañana nos pueda traer, tanto de bueno como de malo. Pero podemos recordar —y de hecho el salmo nos asegura que serán recordadas eternamente, de generación en generación— las obras salvadoras del Señor en el pasado. En la evolución personal de mi manera de entender quién y cómo es *Adonai Hashem*, el Santo de Israel, quiero imaginar que la singular bondad de los actos salvadores del Señor serán recordados cuando ya nadie recuerde más sus actos de genocidio vengativo ni sus accesos de ira desmesurada ni la locura homicida de sus celos. No, lo que se recordará de generación en generación, para siempre —nos asegura este salmo— será su disposición a prestar oído a los que han implorado su socorro cuando se han encontrado en dificultades.

Lo que Dios ya ha hecho hasta aquí, sería suficiente como para garantizar su fama y aclamación eterna. Lo que hizo para su pueblo Israel, desde luego. Pero también lo que hizo al enviar al mundo a su Hijo para enseñarnos —a toda la humanidad, de todas las razas— el camino de la verdad, la sabiduría y la luz eterna. Y en mi propia vida también tendría que confesar que el balance total de su manera de tratarme ha sido propicia y bondadosa y misericordiosa. He pasado malos tragos; he llorado amargamente y hay duelos en mi vida que me han dejado una cicatriz permanente. Pero he de confesar que en mi vida la misericordia del Señor ha superado siempre su severidad, que su paz y consolación han superado ampliamente el peso de mis amarguras. Declaro en sintonía con el Salmo 145, entonces, que amén, sí, es así: serán recordadas eternamente sus obras de salvación y bondad.

Volveremos a estos sentimientos del Salmo 145, pero no sin antes haber observado algunas cosas desde las otras tres lecturas que nos propone para hoy el Leccionario.

II. Hageo y su contemporáneo Zacarías son dos ejemplos de un principio contrario al que establece Deuteronomio para saber quién es un profeta auténtico. Deuteronomio proponía un sistema sencillo y claro. Si se cumple lo que pronostica un profeta, éste es un profeta verdadero; si no se cumple, es un falso profeta y hay que matarlo. La presencia de Hageo y Zacarías en nuestra Biblia indica el triunfo de la tesis contraria, la idea de que aunque un profeta se equivoque acerca del futuro, puede sin embargo estar diciendo verdades inmensas de parte de Dios. Hageo y Zacarías estaban convencidos de que Dios ungía a Zorobabel, de la dinastía de David y a Josué, del linaje de los sumos sacerdotes, para inaugurar una nueva era de paz y prosperidad y felicidad para los pobladores de Jerusalén, con la sola condición de que emprendiesen la reconstrucción del templo. Cuando Hageo vio el resultado del gobierno de esta dupla, de Zorobabel y Josué, dejó de profetizar. Zacarías, en cambio, empezó a atacar solapadamente, sin nombrar nombres, a los pastores perversos de Israel que se comían las ovejas en lugar de apacentarlas.

En cualquier caso, todo el mundo se dio cuenta que la gloria postrera del templo de Jerusalén no fue en absoluto mayor que la que se atribuía al antiguo templo del rey Salomón. Bien es cierto que algunos siglos más tarde, el rey Herodes construyó en ese mismo lugar un templo tan monumental que no sólo dejaba en ridículo el templo de Salomón, sino que fue famoso en todo el mundo, desde Hispania y Mauritania en el occidente, hasta más allá de Persia en el oriente. Sin embargo el templo de Herodes sólo existió durante dos generaciones, hasta que el ejército romano lo destruyó. Y hasta el día de hoy lo que hay en aquel lugar es una mezquita islámica y ningún judío serio, ningún judío estudioso de la Torah y del Talmud, se propondría jamás reconstruir el templo. Dios permitió la destrucción del segundo templo, y el judaísmo aprendió definitivamente la lección de que el ritual de sacrificios estaba anulado, que ya nunca más podía existir ninguna relación entre matar animales y agradecer a Dios.

Hageo se equivocó, entonces, en los parabienes que les vaticinó a Zorobabel y a Josué. Pero un profeta puede equivocarse sin dejar de ser un portavoz auténtico de la verdad como la entiende Dios. Hageo supo entender que si nos encomendamos a Dios y confiamos que él nos provea los recursos necesarios, podemos alcanzar objetivos que parecen humanamente inalcanzables. Hageo supo entender que el Espíritu del Señor vive en medio de aquellos que procuran agradarle y se sacrifican por hacer lo que entienden que Dios les pide. Pueden equivocarse en los particulares de lo que entienden que Dios les pide, y sin embargo el Espíritu de Dios está en esa propia disposición a hacer lo que según sus luces entienden que Dios quiere que hagan.

Los cristianos diríamos que la persona de Jesús es el postrer y más glorioso templo, del que viene la paz para toda la humanidad. Y entendiéndolo así, diríamos que en ese sentido —aunque tal vez en ningún otro sentido— Hageo sí que acertó en sus profecías.

III. En nuestro texto de Lucas, pillamos a Jesús y a los sabios de su pueblo en un debate sobre el futuro, que hoy día nos deja bastante perplejos e insatisfechos. Es evidente que los de la facción saducea idearon una caricatura grotesca para poner en ridículo el concepto de la resurrección de los muertos. En su literalismo escolástico imaginaron una situación estrambótica —una mujer viuda a la vez de siete hermanos— cuyo único fin era reírse de los judíos de otras convicciones que las suyas. También es evidente que la respuesta de Jesús carece de seriedad exegética. Es una respuesta que peca del mismo tipo de literalismo escolástico, brillante en su capacidad de hacer que el texto de Moisés diga cualquier cosa que se te pase por la imaginación; y por eso mismo, es muy poco convincente. No es en absoluto necesario deducir que cuando Dios le dijo a Moisés desde la zarza ardiente: «Yo soy el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob», estaba declarando que esos tres patriarcas seguían vivos. Es perfectamente válido interpretar esas palabras en el sentido de que: «Yo soy el mismo Dios al que adoraron Abraham, Isaac y Jacob hace siglos, cuando ellos estaban vivos».

Está claro que el propio Jesús, así como todo el entorno fariseo en el que tiene su génesis el movimiento mesiánico o *cristiano*, creían en la resurrección material y física de las personas que morían manteniéndose fieles al Dios de Israel. Sin embargo el concepto de la resurrección ya fue un concepto problemático en aquella era y sigue siendo un concepto problemático hoy. Es un concepto al que muy pocos cristianos estarían dispuestos a renunciar del todo, pero al que en realidad prefieren esquivar, reinterpretándolo de tal manera que se parezca mucho más a la idea griega de la inmortalidad de un alma inmaterial, que al propio concepto de volver a vivir como seres de carne y hueso y sangre y apetitos. Resurrección a una evolución personal con el paso del tiempo, a la capacidad de sentir sorpresa o cambiar de opinión, que es, todo ello, consubstancial con el propio hecho de estar vivos.

Empezamos a echar cuentas y nos damos cuenta de que si todos los que hayan vivido fueran a vivir eternamente otra vez, todos a la vez, el planeta se nos quedaría muy pequeño. Sería todo él una ciudad única, un rascacielos continuo que envolviera toda la superficie de la tierra. ¿Y qué clase de vida, qué calidad de vida, sería la que desarrolláramos en un planeta donde ya no queda espacio para ninguna otra especie que la humana? ¡Que horror! ¡Qué pesadilla!

Jesús apunta, en la parte más seria de su respuesta, al hecho de que no es con un literalismo escolástico que hay que ceñirse a la idea de la resurrección. Un mundo en el que ha desaparecido el matrimonio humano es, desde luego, un mundo radicalmente diferente que el mundo ideado y creado por Dios en el libro de Génesis. Allí, en Génesis, Dios había descubierto que no era bueno que Adán careciera de pareja biológica; y fue en la gloria de sus diferencias biológicas como hembra y macho, que declaró Dios completo al ser humano como imagen y semejanza de Dios. Y fue en la gloria de sus diferencias biológicas como hembra y macho, que el ser humano se declaró feliz por fin en un mundo que hasta entonces le parecía incompleto. Si esto, si el ma-

trimonio humano ha de desaparecer en la resurrección, Jesús nos parecería querer invitar a sospechar que la resurrección es algo enteramente inimaginable, algo sobre lo cual no merece la pena especular ni formular teorías.

Jesús nos habla del futuro, entonces, pero su forma de hacerlo niega que sea posible hablar del futuro. Dice revelar lo que va a suceder y a la vez lo que revela, es que es imposible imaginar ni comprender qué es lo que está revelando. A la vez que especula sobre el futuro se desdice, en principio, de la especulación futurista. Como Hageo, está muy claro que Jesús no es un falso profeta. Pero es imposible saber qué quieren decir sus pronunciaciones acerca del futuro. Jamás pillaremos a Jesús en un error como hemos pillado a Hageo, porque lo que pronosticó Jesús acerca del futuro son conceptos imposibles de entender.

IV. De nuestro texto de 2ª Tesalonicenses sólo quiero recoger la idea de que aunque Pablo escribe palabras reconfortantes, de consuelo y esperanza para los cristianos de Tesalónica, se ve obligado a cortar cierto tipo de especulación futurista que parecería que había surgido a raíz de los conceptos que había vertido en su primera carta. Fiel seguidor de las tácticas de argumentación de Jesús, lo que viene a revelar Pablo acerca del futuro, esconde más que lo que revela. Al final sólo nos queda ceñirnos al propio hecho de esperar en Dios, más que a los particulares de qué es lo que esperamos que Dios vaya a hacer. ¡Que Dios haga lo que le venga en gana hacer y cuando le venga en gana hacerlo, que para eso es Dios y además ya sabemos que es bueno y que nos ama! Eso es lo único que hace falta tener claro. Y no es poca cosa saber fiarnos de la bondad y el amor de Dios, pase lo que pase en nuestras vidas y a nuestro alrededor. Y más allá de la muerte.

V. Al final vamos a tener que volver al tipo de declaraciones de alabanza que hallamos en el Salmo 145. Sobre el futuro realmente no sabemos nada. Pero sí sabemos acerca del pasado y el presente. En el pasado, Dios demostró ser un Salvador atento al clamor de quienes esperaron en él. Y en el presente nos sabemos acompañados de su amor de Padre y notamos su Espíritu derramado en nuestras vidas por Jesús el Hijo. Eso es suficiente como para expresarnos en términos como los del salmo, confiando que las alabanzas del Señor serán transmitidas de generación a generación por todas las edades de la humanidad, eternamente y para siempre.